

Lectura de muestra

El amor de un vampiro

Eileen Sheehan

Derechos de autor © 2018 Eileen Sheehan

Impreso en los Estados Unidos de América

Derechos electrónicos y digitales en todo el mundo

Derechos de impresión en todo el mundo

Earth Wise Books

Edición electrónica

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada o distribuida en cualquier forma, incluyendo digital y electrónica o mecánica, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el consentimiento previo por escrito del editor, a excepción de breves extractos para su uso en reseñas.

Este libro es una obra de ficción. Los personajes, nombres, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se usan ficticiamente, y cualquier parecido con cualquier persona real, viva o muerta, eventos o lugares es completamente coincidencia.

Aviso** Algunas partes de esta historia pueden resultar demasiado gráficas, sexualmente explícitas o violentas para los lectores sensibles. Esta novela está destinada al adulto maduro.

Contenido

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Diecinueve

Veinte

Veintiuno

Veintidós

Veintitrés

Veinticuatro

Veinticinco

Veintiséis

Veintisiete

[Veintiocho](#)

[Veintinueve](#)

[Treinta](#)

[Treinta y uno](#)

[Treinta y dos](#)

[Treinta y tres](#)

[Treinta y cuatro](#)

[Treinta y cinco](#)

[Treinta y seis](#)

[Epílogo](#)

[Un adelanto de *Amor de ensueño*](#)

[Acerca de la autora](#)

[Otros libros de Eileen Sheehan](#)

Uno

Genice no necesitó reflexionar mucho para decidir cuál sería el tema de su trabajo sobre estudios mitológicos. En una familia llena de temor y supersticiones ella siempre fue el bicho raro pues no solamente no creía en las historias que le contaban sobre bestias salvajes que deambulaban por la noche, ni siquiera le temía a la oscuridad. Para nada. Finalmente tenía una excusa para demostrarles a todos lo ridículos que eran. Su único obstáculo era decidir en qué bestia de la noche centrarse: ¿hombres lobo, vampiros, fantasmas, zombis, el monstruo del Lago Ness? La lista era interminable.

Ella y Cassidy eran amigas desde el precolar. Cassidy se llevaba mucho mejor con la familia de Genice que ella porque su temor sobrepasaba el de ellos cuando se trataba de cualquier cosa que acechara en la oscuridad. Genice no sabría decir si su cercanía se debió a la atracción de los opuestos o a lo mucho que los hábitos y actitudes de Cassidy le recordaban a los de sus hermanos. Sin importar la razón, se volvieron mejores amigas en el momento en que se miraron aquel primer día de clases en el jardín de niños, veinte años atrás.

El fresco aroma del otoño acarició sus sentidos aquella fatídica mañana que cambiaría el rumbo de su vida para siempre. Iba tarde, como de costumbre, a clase de teología. Cassidy la descubrió corriendo a través del campus y se apresuró para alcanzarla pero dado que ella no alcanzaba el metro sesenta de estatura mientras Genice medía poco más de uno setenta, esa no era tarea fácil.

“¿Ya decidiste el enfoque de tu disertación?” preguntó Cassidy, tratando de normalizar su respiración.

“Pareces ansiosa de que demuestre que todos ustedes se equivocan” respondió Genice riendo entre dientes.

“¿No se te ha ocurrido que esa disertación podría acabar demostrando que tenemos razón?” preguntó Cassidy.

“Nop”, rio Genice.

“Te espera una sorpresa muy desagradable”, dijo Cassidy con una sonrisa burlona. “Esto se va a poner bueno”. Estaban muy cerca del punto donde tendrían que despedirse y seguir sus respectivos caminos cuando añadió, “Habrá una cacería de fantasmas en Halloween y nos inscribí para participar”.

Genice se detuvo en seco y miró a su amiga con asombro. No estaba molesta porque la hubiese anotado sin preguntarle primero, inscribirse la una a la otra en eventos que podrían disfrutar era algo que hacían todo el tiempo; lo que le extrañaba era el hecho de que su muy supersticiosa mejor amiga estuviera dispuesta a acompañarla en algo como eso. Aquí había gato encerrado. “¿Cuál es la trampa?”.

“¿Por qué siempre piensas que tengo algún motivo oculto para todo?” Dijo Cassidy a la defensiva. “¿Es tan difícil aceptar que simplemente estoy ayudándote?”

“Solamente me extrañó que tú también te apuntaras. Sabes bien lo nerviosa que te pones en Halloween,” respondió restándole importancia.

“También sabes cuánto me fascinan las casas solariegas. Nos quedaremos en una vieja mansión, la que está al final de la calle Mulldrake y todo el mundo dice que está encantada; el dueño está en la ciudad y está habitada de nuevo. Nos reuniremos en la cafetería a las cuatro en punto”, dijo Cassidy por encima de su hombro mientras se apresuraba a continuar su camino.

Genice observó los largos rizos rubios de su amiga mecerse con cada paso que daba, a ella siempre le había encantado el cabello de Cassidy, sus brillantes rizos reflejaban la luz de una forma que irradiaba sol y felicidad, claro que para Genice todo en Cassidy irradiaba sol y felicidad, seguro que ella era una de las personas más positivas en el planeta.

Su mente estaba tan llena de expectativas y curiosidad por la excursión de Halloween que apenas logró concentrarse en sus clases el resto del día.

Estaba emocionada en varios niveles. De acuerdo a la mitología el velo entre el mundo humano y el mundo sobrenatural —o, como algunos lo llamaban, el mundo invisible— se volvía tan fino que uno podía fácilmente mirar e incluso moverse a través de él. Esta era la ocasión perfecta para exponer esa falacia. El hecho de que fuesen a quedarse en un solar histórico sólo endulzaba la situación.

Genice compartía el amor de Cassidy por la historia y las antigüedades. Poder pasar una noche en la mansión hacía que valiera la pena asociarse con un grupo de locos que perseguían cosas imaginarias y ruidos sospechosos en la noche, con equipos manipulados por sus fabricantes para producir resultados que convengan de su efectividad a los pobres ingenuos que los compraron.

Ella no creía en psíquicos, en cambio creía que los niveles de percepción sensorial de las personas varían. Por ejemplo, su propia habilidad para sentir la energía —o, como le gustaba llamarlo, la vibra— de una habitación o de la última persona que se sentó en una silla excedía con creces a la de Cassidy. No podía evitar emocionarse al recorrer habitaciones antiguas y sentarse en muebles que aún conservaban la energía de tiempos pasados.

Genice fue una de las últimas en llegar a la cafetería cercana al campus. El pequeño salón estaba lleno de gente sentada o de pie, bebiendo las especialidades de la casa mientras socializaban y Genice tuvo la seguridad de que se había excedido la capacidad máxima de la sala establecida por el departamento de bomberos, pero dudaba que la gerencia fuera a tomar cartas en el asunto. Little Meadows era un campus universitario que a menudo operaba con sus propias reglas.

Al ver lo abarrotado que estaba el lugar, Genice no tuvo que preguntar donde se reunía el grupo paranormal. Se abrió camino entre la multitud a

codazos, de la manera más cortés que pudo, hasta llegar a la puerta que la condujo a través de un pasillo corto a la sala de juntas de la cafetería. El pequeño vestíbulo resultaba espacioso y fresco tras el mar con hálito a sudor y café que acababa de atravesar. Llenó sus pulmones varias veces antes acercarse a la puerta de la sala, estaba entreabierta así que la empujó con cuidado y entró silenciosamente.

Se sorprendió al ver las espaldas de media docena de personas sentadas en filas bien ordenadas, escuchando atentamente a un hombre que les contaba con entusiasmo los pormenores de su reciente encuentro con un fantasma. Juraba que Cassidy la había citado a las cuatro en punto, su reloj marcaba las cuatro y cinco, este grupo sí que cumplía sus horarios.

Cassidy la saludó con la mano y señaló el asiento vacío a su lado. Genice asintió y se movió discretamente entre la gente recargada en la pared al fondo de la pequeña sala. Estaba por llegar al fin de la hilera de cuerpos inmóviles como estatuas cuando su bota tropezó contra la caprichosa correa de un maletín para computadora haciéndola caer sobre el pecho fuerte y duro como una roca de un hombre alto. Unos fuertes brazos la atraparon delicadamente, como a un niño que perdió el equilibrio, esos poderosos brazos la sostuvieron sin esfuerzo mientras afianzaba su pie. Tratando de no armar un alboroto, miró hacia arriba con la intención de susurrar una disculpa a la vez que se esforzaba por recuperar el balance tratando de no llamar la atención. Para su humillación, en el instante en que sus ojos color avellana se encontraron con los ojos marrón intenso de él, perfectamente colocados debajo de unas cejas lisas y bien formadas, su mente se convirtió en un montón de papilla; estaba segura que él podía ver en las profundidades de su alma con esa mirada hipnotizadora y centelleante. Para aumentar su humillación una sensación extraña la invadió, sentía como si su espíritu se estuviera abriendo o limpiando por primera vez. Cuando no logró hacer nada más que articular un grave y profundo sonido

gutural, sus finos labios le respondieron con una sonrisa burlona, ella finalmente volvió en sí y desvió la mirada al tiempo que se sonrojaba. Se liberó suavemente de su abrazo y se apresuró para llegar junto a Cassidy que la miraba con las cejas arqueadas pero no dijo nada y volvió a centrar su atención en el orador.

Tras otros cuarenta y cinco insoportables minutos en los que varias personas relataron las más ridículas historias sobre “el lado oscuro”, finalmente pudieron entremezclarse con la multitud dando oportunidad para que Genice conociera en detalle los arreglos que Cassidy había hecho para su excursión de Halloween.

“¿Sufriste mucho?” preguntó Cassidy comprensivamente, mientras le ofrecía a Genice un café con leche que de alguna manera había logrado conseguir en tiempo récord.

“Sobreviviré”, respondió Genice mientras le retiraba la tapa a su vaso desechable y aspiraba el aroma de la bebida caliente. “Me encanta el olor del café”.

“Te relaja”, Cassidy soltó una risita. “¿Si te das cuenta de lo raro que eso es, verdad?”

“Dice la chica que me trajo a una sala llena de personas compartiendo sus historias de avistamientos del Yeti”, murmuró Genice.

“*Touché*”, dijo una voz grave.

Los ojos de Cassidy se agrandaron con admiración mientras miraba por encima de Genice al propietario de la voz profunda y sexy. Sus ojos azules brillaron y dibujó una ancha sonrisa mientras agregaba: “Supongo que me merecía eso”.

Genice cerró los ojos, apenada. No lograba explicarlo pero algo en su interior le dijo que la voz detrás de ella pertenecía al mismo hombre de los magníficos ojos y el pecho duro como roca con el que había tropezado al llegar.

Estaba tan mortificada por el gruñido que había salido de su garganta que no se decidía a mirarlo.

Visiblemente desconcertada por la conducta de su amiga, Cassidy tomó la iniciativa e hizo lo que los buenos modales demandaban al tiempo que extendía la mano. “Me llamo Cassidy Jones y ella es mi muy grosera amiga, Genice McGuire”.

“Tuve el gusto de toparme con Genice al principio de la reunión”, dijo divertido. —Genice detectó un ligero acento, pero tan tenue que no lograba ubicarlo. ¿Británico, quizás?— “Mi nombre es Anton Williams”. Su amplia sonrisa revelaba unos hermosos dientes aperlados y perfectamente alineados. “¿Irán a la mansión para la investigación de Halloween?”

“Oh, sí”, dijo Cassidy con entusiasmo casi infantil. “Apenas puedo esperar”.

“¿Y tú, Genice? Parecías bastante aburrida durante los testimonios”, dijo él.

Genice sentía la cara tan caliente que le ardía y su garganta estaba tan cerrada que se sorprendió cuando logró relajarse lo suficiente para responder.

“Tú no crees nada de esto, ¿verdad?” Dijo con una ceja levantada.

“Digamos que creeré cuando lo vea”, respondió Genice sonriendo.

“¿Y qué hay de ti?” preguntó Cassidy con ansiedad. “¿Tú vas a ir?”

“De hecho, soy el anfitrión”, dijo cálidamente. “Lo que van a investigar es la finca de mi familia”.

“Dicen que tu casa está embrujada”, dijo entrecortadamente Cassidy.

“Mi amiga sí cree pero también es muy asustadiza”, masculló Genice mientras bebía su café.

“Admito que se me pone la piel de gallina cuando hay algún espíritu cerca”, refunfuñó Cassidy antes de redirigir su atención hacia Anton. ¿Has visto algún fantasma?

“Ninguno que me haga correr de la casa”, se rió.

“Supongo que eso significa que sí crees”, dijo Genice con el ceño fruncido.

El guapo hombre frente a ella lucía y hablaba como una persona inteligente y descubrir que sólo era otro loco cazador de yeti sería muy decepcionante para ella, aguardó su respuesta conteniendo la respiración.

“Digamos que creo en lo que he visto”, dijo el con una risita.

“He visto fotos de tu casa”, dijo Cassidy ignorando sus burlas. “Parece espectacular”.

“Vaya, muchas gracias”, dijo él suavemente, “Le tengo mucho cariño”.

“¿Hace cuanto que pertenece a tu familia?”, preguntó Genice con renovado interés.

“La construcción original de la mansión data de 1792”, dijo con nostalgia. “Desde entonces se han hecho ampliaciones, la última se realizó en 1910”.

“Así que incluso la parte más reciente tiene más de cien años”, musitó Genice. “Sólo puedo imaginar todo lo que las paredes podrían decir”.

“Y los muebles”, añadió Anton, “hay muy pocos en mi casa que tengan menos de setenta años. La mayoría son mucho más antiguos pero bien conservados”.

“¡Qué extraordinario!”, exclamó Genice, boquiabierta por el entusiasmo. “No puedo esperar para verlo y experimentarlo”.

“Genice percibe fuertemente la vibra de los lugares”, explicó Cassidy con orgullo.

“Ya veo”, reflexionó Anton. “En ese caso seré muy cuidadoso al elegir tu habitación”.

“¿Realmente tendremos una habitación?” dijo Cassidy con entusiasmo.

“¿Por qué no?” preguntó Anton.

“Creí que sólo exploraríamos la casa y nos iríamos”, replicó ella.

“¿Y si yo quisiera extender mi hospitalidad?” ¿Aceptarían?, preguntó con gentileza.

“¿Pasar la noche en un sitio tan emblemático? Oh, sí, dijo Cassidy susurró.

“¿Cuántas habitaciones tienes?” preguntó Genice con una sonrisa cálida.

“¿Alcobas o en general?”, preguntó.

“Ambos”, encogió los hombros.

“Quince habitaciones de huéspedes, cinco cuartos para los sirvientes que tienen sala de estar y cocina adyacentes y se encuentran ocupadas por los empleados y... déjame pensar... si no me equivoco la mansión tiene un total de cuarenta habitaciones”, respondió pensativamente.

“¿No estás seguro?” preguntó ella sorprendida.

“Solía saberlo pero últimamente se han hecho algunas remodelaciones y modernizaciones en algunas de las secciones más recientes”, explicó él.

“¿Cómo cuáles?” preguntó Cassidy, pendiente de cada una de sus palabras.

“Se agregaron una sala de cine, una piscina interior y una sala de boliche”, dijo.

Genice hizo al escuchar que le habían hecho renovaciones al solar. Su preocupación acerca de cuánto habrían afectado el ambiente del edificio debió ser evidente porque Anton rápidamente aseguró que los cambios se hicieron en la parte posterior de la casa y que no desvirtuaban la majestuosidad de la fachada y tampoco desentonaban con el estilo interior. Aseguró que las habitaciones se mezclaban tan bien con la decoración de la mansión que para encontrarlas tenían que llevarte hasta ellas.

Había picado la curiosidad de Genice.

Dos

Esta no era la primera vez que Anton organizaba una investigación paranormal en su mansión, pero sí fue la primera que se realizó en Víspera de Todos los Santos. No había pensado mucho en los peligros que acechaban a los humanos en Halloween hasta que la guapa y esbelta trigueña literalmente cayó en sus brazos. Los ojos avellanados de ella conectaron con los suyos en una forma que hizo que el tiempo se detuviera y el mundo a su alrededor desapareció. Por un breve instante sus dedos se enredaron en su largo y sedoso cabello. Fue voluptuoso. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para controlar sus ganas de abrazarla y besar sus labios carnosos, rojos como rubí, mientras un flujo casi eléctrico de tentación y deseo fluía en su interior. Fue amor a primera vista.

Mientras la ayudaba a ponerse de pie pudo sentir su vulnerabilidad, escondida tras una fachada de fuerza. Ella era diferente al resto pero él simplemente no sabía en que consistía esa diferencia.

No pudo dejar de mirarla durante la interminable hora que pasó antes de que lograra acercarse y hablar con ella. Tampoco pudo evitar sonreír ante su evidente aburrimiento durante los testimonios. Estaba de acuerdo con ella. Las entusiastas historias del grupo le resultaban, en el mejor de los casos, tediosas, aunque por una razón diferente. Su aburrimiento era consecuencia de su escepticismo, el de él se debía a la descarada e ingenua ignorancia de los narradores. Si tan solo fuera libre de compartir la verdad sobre el mundo que perseguían. Se pregunto si entonces estarían tan ansiosos por probar su existencia, ya no digamos de entrar. Esos tontos habían solicitado expresamente que la investigación se llevara a cabo en Víspera de Todos los Santos para intentar justo eso.

Gran parte de los rumores que circulaban entre los investigadores paranormales —y entre la sociedad en general— eran hechos o estaban

basados en hechos; era el caso del que decía que el velo entre el mundo humano y los otros mundos era suficientemente delgado para atravesarlo durante la Víspera de Todos los Santos. Sin embargo se equivocaban en algo, pues los humanos necesitaban que el velo fuera tenue para poder ver o cruzar a otros mundos, pero los otros mundos eran muy conscientes de la existencia de los humanos en todo momento y podían entrar y salir a voluntad. Mientras el velo era más grueso resultaba más difícil maniobrar entre mundos pero no era imposible.

Mientras observaba como la hermosa morena, a quien la encantadora rubia le había presentado como Genice, poco a poco se sentía cada vez más cómoda y animada con él, comenzó a arrepentirse de haber aceptado la investigación de Halloween. Hacía mucho tiempo que no reaccionaba ante una mujer de la manera en que reaccionó a ella, tenía algo muy especial y él no quería perderlo. Debía convencerla de que no asistiera a la investigación pero su necesidad egoísta de tenerla cerca no lo dejaría.

Él permaneció cerca de ella durante la hora para socializar posterior a los testimonios y participó en gran parte de la conversación. El grupo estaba ansioso por hacerle preguntas sobre la mansión que él se aseguró de responder con cortesía, pero a menudo vagamente; sin apartar su atención de Genice por ningún momento.

Aunque intentó observarla con discreción, estaba claro que Genice era consciente de lo que ocurría y en vez de sentirse halagada por su atención, mostró signos de incomodidad. Preocupado porque podría perderla antes de tenerla, decidió retroceder... pero no antes de arriesgarse a pedirle su número.

Inesperada y plazeramente, se lo dio.

Después de la reunión la siguió hasta su casa, teniendo cuidado de mantenerse fuera de su vista. Al ver que la rubia bajita pasaba su brazo por el de Genice, sonrió ante su evidente cercanía. Esperó afuera durante varias horas

para asegurarse de que se quedaría en casa. Cuando estuvo seguro de que se encontraba resguardada y a salvo, se encaminó a su mansión. Necesitaba deslizarse a través del velo para hablar con el Oráculo a propósito de la hermosa Genice McGuire. Si alguien podía decirle qué había en ella que lo atraía casi hasta el punto de la obsesión, ese era el Oráculo.

Caminó por el vecindario sin ningún apuro. Nunca había estado en este lado de la ciudad, era una zona de clase media alta que no había tenido ocasión de conocer hasta ahora. Puesto que la personalidad del vecindario es un buen reflejo de la personalidad de quienes lo habitan aprovechó para estudiarlo con especial atención. No se había alejado de la casa de Genice más de una cuadra cuando distinguió el vago perfil de una sirin entre los árboles del parque vecinal, ella no lo había detectado porque su atención estaba enfocada en un pequeño grupo de chicos universitarios que bromeaban y se reían entre sí.

Se ocultó tras el árbol más cercano para observar cuidadosamente. Todavía faltaban algunos días para la Víspera de Todos los Santos y resultaba inusual que las sirins comenzaran a buscar presas tan pronto. Ahora tenía algo más que consultar con el Oráculo.

Pensó en abordar a la sirin en busca de respuestas pero al final decidió no hacerlo. No estaba hecho para el conflicto. Las sirins obedecían directamente al rey Lavicious, si estaban cazando tan pronto seguramente eran órdenes del rey. Cuestionar a la sirin podía irritar al irascible monarca al punto de considerar sus acciones como un desafío y tener problemas con el inestable gobernante del inframundo era lo último que quería. Se las había ingeniado para mantenerse lejos del desastre político ocurrido durante las últimas décadas y deseaba continuar así.

Le desagradó que la sirin estuviera tan cerca de Genice así que decidió permanecer afuera de su casa, vigilándola hasta el amanecer. Su charla con el Oráculo tendría que esperar.

Tres

Después de confesarle a su amiga que se sentía extraña y un poco mareada, Cassidy entrelazó su brazo con el suyo para ayudarla a sostenerse mientras caminaban desde la cafetería de la universidad hasta su vecindario, a tres kilómetros de distancia. A pesar de las sensaciones extrañas que Genice experimentaba, la idea de ir manejando o tomar un taxi nunca pasó por sus mentes. De hecho, Genice contaba con que el aire fresco y el movimiento le ayudarían a reequilibrarse. Ninguna de las dos chicas era especialmente atlética y evitaban el gimnasio a toda costa pero ambas disfrutaban una buena caminata. Como amantes que eran de todo lo antiguo, más de una vez se rieron mientras volvían caminando a casa y citaban la frase de Maureen O'Hara en *El hombre tranquilo* diciendo que ir y venir de la universidad a pie era "sólo para estirar bien las piernas".

Tom Kincaid las llamó a gritos para invitarlas a la pequeña reunión del parque pero ellas simplemente pasaron de largo y continuaron su camino. Tom y otros muchachos manifestaron su decepción al ser rechazados pero las chicas sólo se rieron y los evadieron. Estaban llenas de expectativas sobre el fin de semana siguiente y no tenían ganas de charlar nimiedades con los locales. También influía el hecho de que, tras conocer al magnéticamente carismático Anton Williams, los chicos del barrio resultaban aburridos y poco atractivos.

"No puedo creer que le dieras tu número de teléfono", dijo Cassidy mientras caminaban a casa.

"Creí que iba pedir tu número, no el mío", dijo Genice.

"Le han de gustar las chicas groseras", Cassidy rió.

"Estoy avergonzada por mi comportamiento", dijo Genice. "No sé qué me pasó. Él tiene algo que me pone... No sé cómo explicarlo".

"No tienes que explicarlo", suspiró Cassidy. "Me pasa lo mismo".

“¿Te das cuenta de que es la primera vez que nos gusta el mismo tipo?” preguntó Genice.

“No es cierto”, respondió Cassidy. “En sexto de primaria a las dos nos gustaba Jonny Betallow”.

“Es verdad”, musitó Genice. “Ahora lo recuerdo”, dijo tocándose la nariz. “Me llamaste zorra y me pegaste en la nariz porque me besó en la mejilla bajo las gradas en un juego de fútbol”.

“No fue uno de mis mejores momentos”, rió Cassidy entre dientes.

“No segura de si debería salir con él en caso de que llame”, reflexionó Genice.

“¿Por qué no?”, se sorprendió Cassidy.

“Si me golpeaste en la nariz por un beso en la mejilla, me estremezco al pensar lo que harías si me besa en los labios”, dijo ella riendo.

“Ja, ja”, respondió Cassidy sarcásticamente.

“Es en serio”, dijo Genice. “Si a ti también te gusta no debería salir con él”.

“Vi como te miraba”, dijo Cassidy suspirando. “Ni siquiera creo que recuerde mi nombre. Incluso si lo rechazaras no me invitaría a salir, así que no te preocupes. Lo superaré. No es como si yo hubiera estado saliendo con él desde antes o algo así. Las dos lo conocimos al mismo tiempo y tú le gustaste, no es para tanto.

“Nunca había estado en una situación como esta antes. No sé cómo me siento acerca de que nos guste el mismo chico, me parece incómodo”, protestó Genice.

“No seas estúpida”, le espetó Cassidy. “Si llama, sal con él”

Genice se encogió de hombros. “Falta que llame”.

“Oh, claro que va a llamarte”, rió Cassidy mientras se acurrucaba más cerca de su amiga, esforzándose por demostrarle que todo estaba bien.

“Mis padres están en el club”, dijo Genice sonriendo. “Tengo antojo de comida china, ¿y tú?”

“No me molestaría un poco de pollo Kung Pao”, respondió Cassidy.

“Quisiera investigar un poco sobre la mansión antes de que vayamos. Debe haber algo al respecto en internet”, dijo Genice. “Hay que pedir a domicilio y buscar en internet”.

Cassidy rió emocionada. “Hace tiempo que muero por entrar a ese lugar. Parece que falta una eternidad para que llegue el fin de semana”.